



D.L. 5 - 3 - 63 - 10

ISSN 2219-0376



HERCULIANO ZARZUELA.
"VILLEROIX BÉLGICA"
Acuarela sobre papel 66*41

- Emilio Martínez
- Julio Ameller
- Vicente González
- Erika Rivera
- Oscar Wilde
- Juan Carlos Onetti
- Joaquim Machado
- Luis Téllez

LA PATRIA
SUB-DECANO DE LA PRENSA NACIONAL

suplemento orureño de cultura

año XXV n° 662 Oruro, domingo 7 de octubre de 2018



Borges y la filosofía

Emilio Martínez *



Una de las obsesiones capitales de la filosofía contemporánea ha sido la demolición de la metafísica, tarea emprendida con las herramientas del análisis del lenguaje (Wittgenstein) y de la hermenéutica (Heidegger). Curiosamente, será la literatura borgeana el campo desde el cual se retornará lúdicamente la metafísica, celebrando su carácter de inagotable materia prima para la invención de ficciones.

Fernando Báez ha dicho que "Los mejores momentos de la historia del espíritu son otros que los que refieren la relación clandestina, infiel e indiscreta entre la filo-

sofía y la literatura". Podemos agregar que uno de esos mejores momentos del espíritu es, justamente, el de los textos de Borges.

Es conocido el comentario borgeano de que "la filosofía y la teología son dos especies de la literatura fantástica". Y es que Borges admitió que la antología de la literatura fantástica que había compilado estaba incompleta, por no haber incluido las creaciones de Parménides, Platón, Juan Escoto Erígena, Alberto Magno, Spinoza, Leibniz y Kant:

"¿Qué son los prodigios de Wells o de Edgar Allan Poe —una flor que nos llega del

porvenir, un muerto sometido a la hipnosis— confrontados con la invención de Dios, con la teoría laboriosa de un ser que de algún modo es tres y que solitariamente perdura fuera del tiempo? ¿Qué es la piedra bezoar ante la armonía preestablecida? ¿Quién es el Unicornio ante la Trinidad? ¿Quién es Plinio Apuleyo ante los multiplicadores de Buddhas del Gran Vehículo? ¿Qué son todas las noches de Sherazad junto a un argumento de Berkeley?".

El amor por la filosofía fue una herencia de su padre, en cuya biblioteca leyó a George Berkeley, David Hume y Francis Bradley. Durante su permanencia en Europa, Borges aprendió por sus propios medios el alemán. Conoció entonces los escritos de Nietzsche, lo que supuso su acceso a la doctrina del eterno retorno, y a Schopenhauer, cuyo libro central, *El mundo como voluntad y como representación*, citó cientos de veces a lo largo de su vida.

Otros filósofos le interesaron: Aristóteles, Plotino, Séneca. Son múltiples los intentos por determinar qué tendencia filosófica profesó Borges: para Jaime Rest era un nominalista, platonista para Juan Nuño, pantefista nihilista para Ana María Barrenechea, pantefista spinoziano para Jaime Alazraki.

Entre nosotros, H.C.F. Mansilla ha escrito que en Borges aparece "La probabilidad de una arbitrariedad fundamental como rasgo constitutivo del universo. Lo que a primera vista parece ser una amable ocurrencia literaria, burlona y al mismo tiempo inofensiva, resulta ser el compendio de una visión para nada inocua. Su núcleo conceptual reza que en el fondo todo es intercambiable con todo".

Es más plausible creer que no fue adepto de ninguna de estas vías. Borges buscaba sugerir misterios, no explicarlos. Como dijo alguna vez: "Yo no tengo ninguna teoría del mundo. En general, como he usado los diversos sistemas metafísicos y teológicos para fines literarios, los lectores han creído que yo

profesaba esos sistemas, cuando realmente lo único que he hecho ha sido aprovecharlos para esos fines, nada más. Además, si yo tuviera que definirme, me definiría como un agnóstico, es decir, una persona que no cree que el conocimiento sea posible".

Borges es, al mismo tiempo, un crítico de los sistemas filosóficos, tal vez porque en éstos la totalidad gira alrededor de dogmas como la idea, Dios o el yo. A ello se refiere cuando afirma: "un sistema no es otra cosa que la subordinación de todos los aspectos del universo a uno cualquiera de ellos". En Pierre Menard, autor del Quijote, anota: "No hay ejercicio intelectual que no sea finalmente inútil. Una doctrina filosófica es al principio una descripción verosímil del universo; giran los años y es un mero capítulo —cuando no un párrafo o un nombre— de la historia de la filosofía".

Para despejar todas las dudas y en diálogo con María Esther Vásquez, Borges puntualiza: "No soy filósofo ni metafísico; lo que he hecho es explotar, o explorar —es una palabra más noble—, las posibilidades literarias de la filosofía". Sin embargo, es obvio que de todas las posibilidades de la filosofía, la que le produjo mayor sorpresa y entusiasmo fue el idealismo.

Fernando Savater ha dicho que "Por ser capaz de convertir los fríos conceptos filosóficos en protagonistas de prodigiosas narraciones literarias; por ser capaz de crear, con los viejos materiales procedentes de la abstracción metafísica, la abrumadora riqueza de sus ensayos, Borges estaría ubicado en una categoría intermedia entre aquellos escritores que piensan por imágenes y aquellos que lo hacen mediante abstracciones. Borges es un peculiar escritor capaz de imaginar abstracciones y de dar vida imaginativa a filosofemas".

* Escritor. Miembro de PEN Santa Cruz.

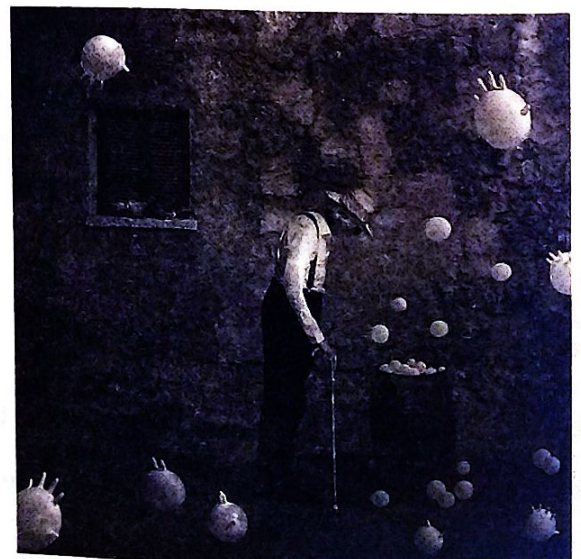


el duende
director: luis urquieta m.
consejo editor: benjamín chávez c.
erasmo zarzuela c.
coordinación: julia garcía o.
telfs. 5288500
lurquieta@zofro.com

www.lapatriaenlinea.com.bo/elduende



El Duende no mantiene correspondencia obligatoria de publicación con colaboraciones no solicitadas; tampoco comparte necesariamente las ideas expresadas por sus autores.



Romance de las delanteras

(fragmento)



La montaña se ha vestido con su pollera de fiesta. Verde yuyo, verde parto, de la cumbre a la ladera. Bujan formando collares de grana, sobre la yerba. Las cuatro mozas más lindas que serán las delanteras, iniciando con sus manos la fiesta de la cosecha. El aire se ha vuelto brisa y la brisa hierbabuena. Ya pasan bajo los molles con sus rojas risas frescas. Cada una es un milagro de sol y tierra morena; fruta silvestre su pecho, su boca fruta bermeja -chirimoyas, pasacanas, perfume de madre selva-. Mocita: te estoy mirando con mis ojos en tinieblas. Tus senos son dos puñales clavados sobre mi pena. Dame tu carne madura de sol y tierra morena. Para mí eres más linda que todas las delanteras. Mis manos se han vuelto locas por llegar a tus caderas. Mira: te estoy esperando con mis ojos en tinieblas.

Julio Ameller Ramallo.
Sucre, 1913-1977. Poeta y docente.



¡Cómo murió realmente Padilla!

Vicente González-Aramayo

Cuando no se cristalizó el movimiento revolucionario tras la insurrección de Chuquisaca en mayo de 1809 lo mismo que en julio del mismo año en La Paz, se formaron las guerrillas en el cono Sud de América, concretamente en el territorio de los virreinos de Perú y Buenos Aires, específicamente en el terreno de la Audiencia de Charcas, y se organizaron las republiquetas. Manuel Ascencio Padilla con su aguerrida esposa, doña Juana Azurduy, fue comandante de una.

Los historiadores han escrito sobre la muerte de Manuel Ascencio Padilla desde diferentes puntos de vista, probablemente basándose en la teoría de que el general realista Aguilera, siendo su archienemigo, fue quien lo mató porque llevó la cabeza cercenada del líder revolucionario a la ciudad de Chuquisaca.

¡La gente... claro que creyó!

Una novela es generalmente un género de ficción pero también puede estar basada en algún capítulo de la Historia. Tengo a

lera sino en las del que habla. Le hago esta declaración seguro de mi edad avanzada de 105 que cuento. No alcanzará ley alguna a castigarme porque próximo estoy a descender a la tumba. Harto he vivido y deseo hacer a usted mi confidente para que algún día se descubra cómo y cuáles fueron los antecedentes para ejecutar un acto que perfectamente encuadraban a mi edad y carácter de aquellos tiempos."

Veamos el relato:

"Corrían los años de 1815 y 1816 en que en mi pueblo (Tomina) se sucedían frecuentemente partidas de patriotas armados y de realistas. Yo, joven, de carácter astuto, un tanto turbulento y aficionado a aventuras de armas, jamás había pertenecido ni los independientes ni a los realistas, me gusta servir a los unos y a los otros cuantas veces se ofrecía. En una de tantas ocasiones el jefe realista N. Olmos (conocido como Umaña) me tomó para desempeñar una comisión sobre el pueblo de Mojocoya con el objeto de to-

fuiamos notificados con la orden de que si queríamos salir libres satisfacíamos el impuesto forzoso de mil pesos cada uno. Don Bernardo, mediante sus influencias, pudo conseguir su libertad entregando 500 pesos, mas yo, que no contaba con recurso alguno, fui condenado a ser violentamente mutilado de ciertos órganos, a cuyo objeto noté que el operador Becerra se preparaba para ejecutar tal orden; felizmente no faltaron personas extrañas que componían el Estado Mayor del jefe patriota que interpusieron sus buenos oficios, pero todo fue para sufrir otra humillante pena con la que se conmutó".

"¡Cien azotes que por cada uno juré extermiar un patriota!" Puesto en inmediata libertad, la idea de la venganza germinó en mi cerebro".

"Cuando las armas patriotas flaquearon a las impetuosas cargas de los realistas dejando un sinnúmero de muertos, entendí Padilla la fuga, así como los demás, por el abra de la bajada a Yotala.

"Nunca se hubiera presentado mejor ocasión para realizar mi meditada venganza, no le perdí de vista al guerrillero en el combate, tan luego que torció la brida y apretó los ijares de su mula, me apresté a seguir a Aguilera que me propuso seguirlo personalmente, pero su bestia, fatigada y sin aliento para tal acto se lo impidió. Es que entonces, aprovechando el brío de mi caballo, me precipité tras el caudillo, él me amenazó al darse vuelta con la pistola amartillada, la que en su desgracia había estado sin cargar. Bajaba precipitadamente envuelto en su poncho de castilla, color aurora, y de dos brincos me puse a corta distancia de él, en media bajada a Yotala, donde le descargué dos tiros sucesivos de pistola, que lo derribaron en tierra bañado en sangre, es que entonces descalbándome y encontrándolo exánime, me asomé con el puñal a cortar la cabeza, acto que trató de impedírmelo el intruso padre Polanco que había fugado delante de él después de la esposa de Padilla a pretexto de prestarle auxilios espirituales, pero una amenaza enérgica y resuelta de mi parte, apartó al desgraciado sacerdote mi paisano." (*)

Refiere luego que Ovando le entregó la cabeza de Padilla al general Aguilera, quien la llevó a la ciudad y la puso en una pica.

Si así sucedió, analicemos lo que fue una terrible vendetta. La muerte de un gran guerrero en manos de un perturbado y no en batalla.

Doña Juana, la valerosa guerrillera sobrevivió hasta la independencia de El Alto Perú, viviendo en un pobre reducho urbano. Recibió la visita de los libertadores Bolívar y Sucre. Le asignaron una pensión vitalicia.

(*) RAMALLO, Miguel: Mujeres en la Guerra de la Independencia.

Vicente González-Aramayo Zuleta.
Escritor, cineasta.
Académico de Ciencias Jurídicas.



mano un documento que, como fuente, probablemente merece bastante crédito y está inserto en el epílogo de mi novela "Juan de los Indios". Lo considero evidencia probable sobre la forma en que Padilla murió.

El texto que transcribo expresa:

"El guerrillero Manuel Ascencio Padilla murió en la Batalla de El Villar el año 1816. El libro de Miguel Ramallo cita un documento obtenido del Dr. Tufiño, médico investigador, donde anota lo que recibí Tufiño de Mariano Ovando. Dice:

"Sin pretender impugnar esa afirmación, me permito transcribirle la revelación que me hizo en el pueblo de Tomina don Mariano Ovando, en el año 1882, en presencia de los señores Francisco Robles, José Manuel Gil Antonio Liendo, Luis Orosco y otros."

Oigamos lo que dice Ovando:

"Ruborizado por el hecho voy a referir a Ud. lo que ocurrió conmigo y Padilla (Don Manuel Ascencio) en la jornada de El Villar. No murió éste en manos de Agui-

mar una tropa de animales que estaba a cargo del patriota Aramayo; con orden de batir a éste. Sin embargo de no haber sido nunca militar ni tener conocimiento de esa materia, acepté la empresa confiado en mi agilidad y destreza en manejar el caballo, pues que era jinete como centauro.

"Cumplí mi compromiso y le facilité un medio fácil y efectivo de movilizar su gente cuya retaguardia estaba picada por Padilla.

"A los pocos días que Umaña (Olmos) desocupó el pueblo, se posesionó de él Padilla con su fuerzas. Avisado por algunos vecinos, mal querientes míos, de lo ocurrido antes y quizá con exageración, porque un pueblo chico es infierno grande, obligaron al caudillo a tomar medidas violentas. En efecto, por orden suya fuimos capturados. Don Bernardo Orosco, realista de medianas comodidades y yo un infeliz, fuimos puestos en cepo e incommunicados, privados de todo recurso, aun del alimento. Pasados algunos días de sufrir todo género de hostilidades,



Aproximación a las Obras selectas de H. C. F. Mansilla Cincuenta años de producción intelectual

Por: Erika J. Rivera



Hugo Celso Felipe Mansilla

En las Obras selectas (1) de H. C. F. Mansilla encontramos la siguiente expresión: Eritis sicut Deus scientes bonum et malum (Seréis como Dios, conocedores del bien y del mal): Según el Génesis bíblico, estas palabras dirigió la serpiente a los primeros hombres en el Paraíso terrenal para incitarlos a gustar del Árbol del Bien y del Mal. La misma frase constituyó la dedicatoria de Mefistófeles en el Fausto de Goethe a un estudiante después de haber examinado ventajas y desventajas de todas las ciencias. Y Mefistófeles añadió para sí: "[...] un día de tu semejanza divina ya te asustarás".

Mansilla nos explica que Mefistófeles se refería a la posibilidad de que el desarrollo del quehacer humano, y justamente aquel influenciado por elementos científico-tecnológicos, pudiese conducir a situaciones nada beneficiosas para el progreso ulterior del género humano.

Así se expresaba Mansilla en La limitación del conocimiento científico, libro publicado en 1976 a sus 34 años de edad, al que yo denomino escrito de transición en la conformación de su filosofía política. Considero que las Obras selectas nos señalan el desarrollo de su pensamiento en tres etapas:

1) su periodo incipiente, 2) la época transitoria y 3) la obra madura. El mencionado escrito de transición puede ser considerado fundamental porque nos permite comprender su posición epistemológica frente al conocimiento y es donde se avizora los cimientos filosóficos para la construcción de su filosofía política.

Hago esta comparación en la línea del tiempo porque creo importante comprender el movimiento intelectual que él tuvo desde su formación hasta el despliegue de sus propias teorías.

En la primera etapa se halla un ensayo publicado en 1967, titulado Las escuelas neomarxistas en Alemania. Cuando Mansilla tenía 25 años nos muestra que su producción intelectual empieza en torno a su formación académica influida por la Escuela de Frankfurt. Esta publicación se limita a reali-

zar una reconstrucción del ambiente académico de la postguerra. Asimismo nos

explica el origen de la Escuela de Frankfurt y sus ideas centrales. En conclusión podemos notar que Mansilla solamente rescata y sistematiza con rigurosidad para apropiarse del conocimiento sin expresar concepciones personales.

Muy diferente es la producción teórica de transición, donde ya se atreve a tomar una posición frente a los debates de su tiempo. Empieza a producir ideas propias y amplía el horizonte de sus primeras influencias. No solo se queda en la concepción de la Escuela de Frankfurt, sino que poniendo en duda lo que mentalmente ya consolidó, empieza a elaborar ideas propias en torno a Martin Heidegger, Friedrich Nietzsche y Arthur Schopenhauer.

Es un recorrido largo el de Mansilla, con una simbiosis de lecturas y experiencias personales. Sintió lo que significa ser lo otro en el ambiente académico alemán. Por ello pienso que décadas más tarde lo expresará conceptualmente, en su obra aún incomprendida titulada Espíritu crítico y nostalgia aristocrática.

Volviendo a la obra de transición, esta le sirve para fundamentar la importancia del racionalismo, pero ojo, posicionándose en defensa de la razón global y no así de la razón instrumental.

Otra vertiente importante es la de Sir Karl Popper. Recordemos que el estudiante Mansilla fue testigo del debate iniciado por Theodor W. Adorno y Popper, quienes contrapusieron el pensamiento crítico-dialéctico a las tendencias positivistas y empiricistas. Después fue absorbiendo las ideas de la sociedad abierta de Popper. Sin embargo, de acuerdo a su propia autobiografía, Mansilla piensa que los pilares fundamentales de su pensamiento emergen del seno familiar, a pesar de las lecturas y la rigurosa formación académica. Es decir, que si en casa nos forman autoritariamente, muy difícilmente modificaremos nuestra estructura mental, pero el cambio no es imposible si nos responsabilizamos cuestionándonos a nosotros mismos y haciendo uso de la razón. Por ejemplo: la influencia de la casa paterna en Mansilla es medular porque lo inclinó al pluralismo ideológico. Cuando su padre fue rector de la Universidad Mayor de San Andrés, manifestó la mayor tolerancia y paciencia con respecto a posiciones extravagantes que eran fenómenos permanentes en el ambiente estudiantil. Asimismo fue influido por la religiosidad de su madre, quien no profesaba un credo supersticioso y santurrón. Por el con-

trario era un acto de confianza y agradecimiento ante la racionalidad del universo y un trato razonable y bondadoso hacia el prójimo y todas las criaturas de la naturaleza.

Es evidente que el autor creció en una La Paz casi rural —en todo caso: premoderna— en medio de la solidaridad de la estructura familiar tradicional. Este contexto moldeó en Mansilla la tolerancia, la duda, la convivencia razonable, el pluralismo político y su adhesión al Estado de derecho. Ningún ser humano debe ser sacrificado por un proyecto utópico.

En la obra madura podemos percibir varios ejes: a) La teoría crítica de la modernización; b) la concepción histórica que la encontramos en Evitando los extremos sin claudicar en la intención crítica (2008), texto transversal de su filosofía de la historia; c) lo rescatable del orden premoderno; d) la crítica de las tradiciones culturales autoritarias; y e) el carácter conservador de la sociedad boliviana

La crítica de las tradiciones culturales autoritarias se expresa en la obra madura denominada: Las raíces conservadoras bajo las apariencias radicales en América Latina (2016). Mansilla analiza la realidad latinoamericana y boliviana, presuponiendo la vigencia de tradiciones y valores de orientación de carácter particularista en estas regiones. Precisamente esta vigencia en las décadas finales del siglo XX y comienzos del XXI habría posibilitado el resurgimiento nacionalista e identitario de concepciones antiliberales, antirracionalistas, colectivistas y autocráticas en varios países del área. Este renacimiento exhibe, según el autor, una naturaleza ambivalente:

(a) una fuerte inclinación a imitar indiscriminadamente los logros de Europa Occidental y Norteamérica ("las fuentes del imperialismo") y (b) simultáneamente una tendencia cultural opuesta al racionalismo, a la democracia pluralista y al humanismo occidental. En la zona andina el revigorizar cultos religiosos indígenas tiene, de acuerdo al autor, la función de un uso instrumental de las religiones con trasfondo político. Una de sus tesis centrales sostiene que el culto actual de las emociones e intuiciones, como manifestaciones humanas contrapuestas y superiores a los productos del frío racionalismo, sería una operación social destinada a manipular los sentimientos de las masas con menores índices de educación e ingresos.

Considero a este texto como anti-utópico, porque lastima



H. C. F. Mansilla
**Teoría Crítica,
Medio Ambiente
y Autoritarismo**
La modernización y sus dilemas

colección ciencias sociales



H.C.F. MANSILLA

**IDENTIDADES
CONFLICTIVAS
Y LA CULTURA DEL
AUTORITARISMO**

La mentalidad tradicional
ante los desafíos de la democracia moderna



FUNDEMOS



nsilla.

Oscar Wilde: *La mejor manera de librarse de la tentación es caer en ella*



- La experiencia no tiene valor ético alguno, es simplemente el nombre que damos a nuestros errores.
- El hombre puede soportar las desgracias que son accidentales y llegan de fuera. Pero sufrir por propias culpas, ésa es la pesadilla de la vida.
- Sí: Soy un soñador. Un soñador es aquel que sólo puede encontrar su camino de luz en la luna, y su castigo es que ve el amanecer antes de que el resto del mundo.
- Algunos causan felicidad dondequiera que vayan; otros cuando se van.
- Una cosa no es necesariamente cierta porque un hombre muera por ello.
- El hombre es menos él mismo cuando habla en su propia persona. Dale una máscara, y te dirá la verdad.
- El mundo llama inmorales a los libros que le explican su propia vergüenza.
- Estoy convencido de que en un principio Dios hizo un mundo distinto para cada hombre, y que es en ese mundo, que está dentro de nosotros mismos, donde deberíamos intentar vivir.
- Me gustan los hombres que tienen un futuro y las mujeres que tienen un pasado.
- Ser natural es la más difícil de las poses.
- Un buen amigo siempre te va a apuñalar por la parte delantera.
- Estamos todos en la cloaca, pero algunos de nosotros estamos mirando las estrellas.
- Escojo a mis amigos por su buena apariencia, a mis conocidos por su carácter y a mis enemigos por su razón.
- No quiero ir al cielo. Ninguno de mis amigos están allí.
- Como no fue genial, no tuvo enemigos.
- La educación es algo admirable, sin embargo, es bueno recordar, que nada que valga la pena se puede enseñar.
- La única ventaja de jugar con fuego es que aprende uno a no quemarse.
- Perdona a tu enemigo. No hay nada que le enfurezca más.
- Mejor ser un cohete caído que no haber resplandecido nunca.

- Es terriblemente triste eso de que el talento dure más que la belleza.
- Los niños comienzan por amar a los padres. Cuando ya han crecido, los juzgan, y, algunas veces, hasta los perdonan.
- La ambición es el último refugio del fracaso.
- No voy a dejar de hablarle sólo porque no me esté escuchando. Me gusta escucharme a mí mismo. Es uno de mis mayores placeres. A menudo mantengo largas conversaciones conmigo mismo, y soy tan inteligente que a veces no entiendo ni una palabra de lo que digo.
- La mejor manera de librarse de la tentación es caer en ella.
- La muerte debe ser tan hermosa. Para estar en la tierra marrón, con las hierbas que agitan por encima de la cabeza, y escuchar el silencio. Para no tener ayer, ni mañana. Para olvidarse del tiempo, para perdonar la vida, estar en paz...

Oscar Wilde. Irlanda, 1854 - Francia, 1900.
Escritor, poeta y dramaturgo.



e interpela nuestras creencias y posiciones sobre un futuro mejor. En el acápite "Lo ilusorio del igualitarismo y las utopías", el autor nos muestra la formación de élites muy privilegiadas en el seno de regímenes radicales que presuntamente intentan establecer la igualdad de todos los ciudadanos.

Vinculando algunos casos históricos con la reflexión política, Mansilla nos trata de mostrar que todos los experimentos sociales de corte radical han terminado edificando clases dirigidas muy alejadas del pueblo y poseedoras de considerables privilegios fácticos, típicos de sociedades clasistas, que estos grupos dirigentes pretendían abolir. De acuerdo al autor este fenómeno puede ser visualizado en todos los proyectos de reforma radical utopista, empezando por la República de Platón. Las revoluciones sociales en Rusia, China y Cuba e innumerables experimentos en el Tercer Mundo han intentado eliminar las desigualdades sociales, pero todos ellos, de acuerdo a Mansilla, han terminado instituyendo élites gobernantes que gozan privilegios fácticos muy superiores a las élites tradicionales.

La filosofía política que se deriva de estas reflexiones es, por consiguiente, un enfoque pesimista sobre la evolución de la humanidad y de América Latina y escéptico con respecto a las posibilidades de una modificación en el corto plazo. Lo que Mansilla llama conservador en el título de un libro engloba el sentido común muy amplio en América Latina, en el ámbito islámico y en regiones africanas, un sentido común que preserva las rutinas y convenciones que vienen de muy atrás (y que por ello son muy apreciadas por la población), combinadas en el ámbito político con la tradición de autoritarismo y paternalismo, que resultan así muy difícil de ser superadas.

Finalmente considero que también se han generado tres vertientes en reacción al pensamiento del autor: Los que están a favor, los críticos y los radicales. Entre estos últimos, Raúl Prada Alcoreza y muchos otros. Entre los críticos se encuentra Fernando Molina, quien hace un seguimiento sostenido y disciplinado del pensamiento de Mansilla. Solo me voy a referir a la última publicación de Molina titulada: El cholo dionisiaco. En el eje Nietzsche-Medina (y otros ensayos de filosofía política) [2018]. De los nueve ensayos, dos se refieren al pensamiento de Mansilla. Molina considera que nuestro autor desarrolló su obra en el resurgimiento mundial del liberalismo bajo la forma del neoliberalismo de 1979 al 2001. Molina nos explica que Mansilla favoreció una reforma social progresiva y dentro de esta pensó el "buen gobierno". Este aporte es valioso porque agrega un elemento más para la comprensión de la filosofía política del autor. Molina aclara que Mansilla discrepa con el "desarrollismo" neoliberal y coincide con la búsqueda teórica del pluralismo social y político que se dio en el país en los años 90.

Quiero agradecer al Dr. Mansilla por haber confiado su producción intelectual a rincón ediciones, ya que en nuestra editorial hemos pensado en la proyección de nuestra labor a favor de las próximas generaciones, para que sirva como base de futuros estudios rigurosos. Este proyecto lleva el significado y el ejercicio del amor más elevado que es el amor-ágape.

Recordemos que los tres significados de amor para los clásicos eran el amor-eros ligado a la libido y a la sexualidad (el más egofsta); el amor-filia, que está ligado a la amistad, a la benevolencia y a los lazos familiares; y el amor-ágape, que es el amor intelectual, el verdadero amor, el más elevado: el amor al conocimiento.

(1) Mansilla, H. C. F.: Obras selectas (tomo I).
La Paz, rincón ediciones, 2018, p. 469.-

Obras selectas fueron presentadas en la XXIII Feria Internacional del Libro de La Paz en agosto de 2018.



Juan Carlos Onetti

Juan Carlos Onetti Borges. Uruguay, 1909 - España, 1994. Escritor, novelista, narrador, poeta y periodista. Inicia su labor literaria en Argentina, publicando en La Prensa, La Nación y el semanario Marcha. Sus cuentos *Los niños en el bosque* y *Tiempo de abrazar* (1935) aparecen cuarenta años después. Publicaciones: *El Pozo* (1939). *Un sueño realizado*, *El obstáculo* y *El posible Baldi* (1940). *El álbum* (cuento) y *Los adioses* (novela), 1953. *La cara de la desgracia* (novela, 1989) es llevada al cine por Pedro Stocky. Recibe el Premio Rodó en 1991. *Cuando ya no importe* (1993) es considerada su testamento literario.

Balada del ausente

Entonces no me des
un motivo por favor
No le des conciencia
a la nostalgia,
La desesperación y el juego.
Pensarte y no verte
Sufrir en ti
y no alzar mi grito
Rumiar a solas,
gracias a ti, por mi culpa,
En lo único que puede ser
Enteramente pensado
Llamar sin voz
porque Dios dispuso
Que si Él tiene compromisos
Si Dios mismo
le impide contestar
Con dos dedos el saludo
Cotidiano, nocturno,
inevitable
Es necesario
aceptar la soledad,
Confortarse hermanado
Con el olor a perro,
en esos días húmedos del sur,
En cualquier regreso
En cualquier hora cambiabile
del crepúsculo
Tu silencio
Y el paso indiferente de Dios
que no ve ni saluda
Que no responde
al sombrero enlutado
Golpeando las rodillas
Que teme a Dios
y se preocupa
Por lo que opine, condene,
rezongue, imponga.
No me des conciencia,
grito, necesidad ni orden.
Estoy desnudo y lejos,
lo que me dejaron
Giro hacia el mundo
y su secreto de musgo,
Hacia la claridad
dolorosa del mundo,
Desnudo, sólo, desarmado
bamboleo mi cuerpo
enmagrecido
Tropiezo y avanzo

Me acerco
tal vez a una frontera
A un odio inútil,
a su creciente miseria
Y tampoco es consuelo
Esa dulce ilusión de paz
y de combate
Porque la lejanía

No es ya,
se disuelve en la espera
Graciosa, incomprensible,
de ayudarme
A vivir y esperar.
Ningún otro país
y para siempre.
Mi pie izquierdo



en la barra de bronce
Fundido con ella.
El mozo que comprende,
ayuda a esperar,
crec lo que ignora.
Se aceptan todas las apuestas:
Eternidad, infierno,
aventura, estupidez
Pero soy mayor
Ya ni siquiera creo,
En romper espejos
En la noche
Y lamerme
la sangre de los dedos
Como si la hubiera
traído desde allí
Como si la salobre mentira
se espesara
Como si la sangre,
pequeño dolor filoso,
Me aproximara
a lo que resta vivo,
blando y ágil.
Muerto por la distancia
y el tiempo
Y yo la, lo pierdo,
doy mi vida,
A cambio de vejez
y ambiciones ajenas
Cada día más antiguas,
suciaamente deseosas
y extrañas.
Volver y no lo haré,
dejar y no puedo.
Apoyar el zapato
en el barrote de bronce
Y esperar sin prisa su vejez,
su ajenidad,
su diminuto no ser.
La paz y después,
dichosamente,
en seguida, nada.
Ahí estaré.
El tiempo no tocará mi pelo,
no inventará arrugas,
no me inflará las mejillas
Ahí estaré
esperando una cita imposible,
un enoentrou
que no se cumplirá.

El reloj de oro

Joaquim María Machado de Assis (Brasil, 1839-1908)

Segunda y última parte

Poco después estaban los tres sentados a la mesa, y fue servida la sopa que a Meireles le supo, como era natural, a hielo. Ya iba a hacer un discurso respecto a la desidia de los criados, cuando Luis Negreiros confesó que todo era culpa suya, porque la cena estaba hacía tiempo en la mesa. La declaración sólo consiguió mudar el asunto del discurso, que versó ahora sobre esa cosa terrible que es una cena recalentada, qui ne valut jamais rien.

Meireles era un hombre alegre, travieso, acaso demasiado frívolo para su edad pero, con todo, interesante. Luis Negreiros le tenía mucho afecto, y veía correspondido ese cariño de pariente y de amigo, tanto más sincero si se piensa que Meireles sólo accedió tarde y de mala gana al matrimonio de su hija. Duró el noviazgo cerca de cuatro años, de los cuales el padre de Clarinha invirtió más de dos en meditar y resolver el asunto del casamiento. Al final dio su aprobación, y esto, decía él, más por las lágrimas de la hija que por los atributos del yerno. La causa de tan larga vacilación eran los hábitos poco austeros de Luis Negreiros; no los que mostró durante el noviazgo, sino los que había tenido antes y que bien podría volver a tener después. Meireles confesaba ingenuamente que había sido marido poco ejemplar, y juzgaba que por eso mismo debía dar a la hija mejor esposo de lo que él fuera. Luis Negreiros desmintió las aprensiones del suegro; el león impetuoso de antes se transformó en tranquilo cordero. Una amistad franca nació entre suegro y yerno, y Clarinha se convirtió en una de las más envidiadas jóvenes de la ciudad. Y era mayor el mérito de Luis Negreiros si se piensa que no le faltaban tentaciones. El diablo se metía a veces en la piel de algún amigo, e iba a convidarlo a recordar buenos tiempos. Pero Luis Negreiros respondía que se había retirado a buen puerto y no quería arriesgarse otra vez a las tormentas del alto mar. Clarinha amaba tiernamente al marido, y era la más dócil y afable criatura que por entonces respirara el aire fluminense. Nunca había existido disgusto entre ellos; la limpieza del cielo conyugal era siempre la misma, y parecía mostrarse duradera. ¿Qué mal destino sopló allí la primera nube?

Durante la cena, Clarinha no pronunció palabra, o dijo pocas y aun así las más breves y frías.

“Están de riña, no hay duda”, pensó Meireles al ver la pertinaz mudéz de su hija. “Y la ofendida es sólo ella porque él parece estar muy alegre”.

Luis Negreiros, en efecto, se deshacía en agradados, mimos y cortesías con su mujer, que ni siquiera lo miraba de frente. El marido se exasperaba ya con la presencia del suegro, ansioso de estar a solas con la esposa para la reconciliación final.

Clarinha no parecía compartir ese desco; comió poco y dos o tres veces se le escapó del pecho un suspiro. Ya puede verse que la cena, a pesar de los esfuerzos, no era como la de los otros días.

Meireles, sobre todo, se sentía molesto, aunque de ningún modo recelaba un problema mayor; su opinión era que sin riñas no se aprecia la felicidad, como no se aprecia el buen tiempo sin tempestades. Con todo, las tristezas de la hija siempre conseguían quitarle la tranquilidad. A la hora del café, Meireles propuso que se fueran los tres al teatro; Luis Negreiros aceptó la idea con entusiasmo. Clarinha rehusó secamente.

—No te entiendo hoy, Clarinha —dijo el padre con impaciencia—. Tu marido está alegre y tú pareces abatida y preocupada. ¿Qué tienes?

Clarinha no respondió; Luis Negreiros, sin saber qué decir, se dedicó a hacer bolitas con las migas del pan. Meireles se encogió de hombros.

—Allá se entiendan ustedes —dijo—. Si mañana, a pesar del día que es, continúan así, les prometo que no han de verme ni la sombra.

—¡Ah, no! Tiene que venir —empezó a decir Luis Negreiros, pero fue interrumpido por



su mujer, que rompió a llorar.

La cena acabó así, triste y enfurruñada. Meireles pidió una explicación al yerno, y este prometió que se lo contaría todo en mejor ocasión. Poco después salía el padre de Clarinha insistiendo de nuevo en que, de hallarse al día siguiente en el mismo estado, jamás volvería a aquella casa, y que si existía algo peor que una cena fría o recalentada, era una cena mal digerida. Este axioma valía tanto como el de Boileau, pero nadie le prestó atención. Clarinha se marchó a su cuarto; el marido, luego de despedir al suegro, fue en su busca. La encontró sentada en la cama, con la cabeza sobre una almohada, y sollozando. Luis Negreiros, arrodillándose ante ella, cogió entre las suyas una de sus manos.

—Clarinha —dijo—, perdóname todo. Ya sé la explicación del reloj; si tu padre no me hubiera hablado de venir mañana, no hubiera sido capaz de adivinar que el reloj era tu regalo de cumpleaños.

No me atrevo a describir el soberbio gesto de indignación con que la joven se levantó al oír estas palabras del marido. Luis Negreiros la miró sin comprender nada. La joven no dijo una sola sílaba; salió del cuarto y dejó al infeliz consorte más confuso que nunca.

—¿Pero qué enigma es éste? —se preguntaba a sí mismo Luis Negreiros—. Si no era un regalo de cumpleaños, ¿qué explicación puede tener el tal reloj?

La situación volvía a ser la misma de antes de la cena. Luis Negreiros tomó la resolución de descubrir todo aquella noche. Pensó, sí, que era preciso reflexionar maduramente sobre el caso y hallar una resolución que fuese decisiva. Con este propósito se recogió en su gabinete, y allí repasó todo lo que había pasado desde su regreso a casa. Pesó fríamente todas las razones, todos los incidentes, y buscó reproducir en su memoria las expresiones del rostro de la joven a lo largo de aquella tarde. El gesto de indignación y repulsa cuando él quiso abrazarla en la sala de costura, estaban a favor de ella; pero el ademán con que se mordió los labios en el momento en que él le mostró el reloj, las lágrimas en la mesa, y sobre todo el silencio que mantenía respecto a la procedencia del fatal objeto, todo eso hablaba en contra de la joven.

Luis Negreiros, después de mucho meditar, optó por la más triste y deplorable de las hipótesis. Una idea mala empezó a clavarse en el alma, como un estilete, y tan hondo penetró que se adueñó de él en pocos instantes. Luis Negreiros era hombre colérico cuando la ocasión lo pedía. Profirió dos o tres amenazas, salió del gabinete y fue a enfrentarse con la mujer. Clarinha se había recogido de nuevo en su cuarto. La puerta estaba sin seguro. Eran las nueve de la noche; una pequeña lamparilla daba luz escasa al aposento. La joven estaba como antes sentada en la cama, pero no lloraba; tenía los ojos fijos en el suelo. No intentó siquiera levantarlos cuando sintió entrar al marido.

Hubo un momento de silencio. Luis Negreiros fue el primero en hablar.

—Clarinha —dijo—, este es un momento solemne. ¿Me responderás a lo que te pregunto desde esta tarde?

La joven no respondió.

—Piénsalo bien, Clarinha —continuó el marido—, puede estar en riesgo tu propia vida.

La joven se encogió de hombros. Una nube cruzó por los ojos de Luis Negreiros. El infeliz marido lanzó las manos al cuello de la esposa, y rugió:

—¡Responde, demonio, o mueres!

Clarinha soltó un grito.

—¡Espera! —dijo.

Luis Negreiros retrocedió.

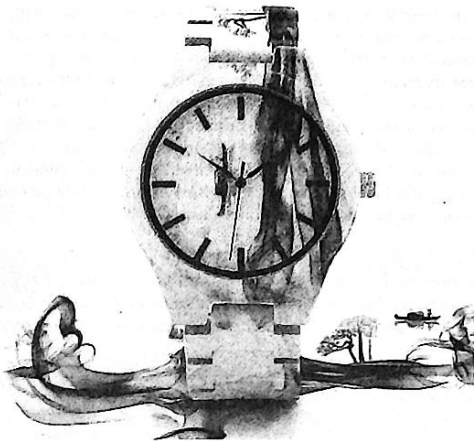
—Mátame —dijo ella—, pero lee esto primero. Cuando esta carta llegó a tu oficina ya tú te habías ido: me lo dijo el mensajero que la trajo.

Luis Negreiros recibió la carta, se acercó a la lamparilla y leyó estupefacto estas líneas: *Mi bebé. Sé que mañana cumples años; te envío este recuerdo*

Tu Zepherina

Así acabó la historia del reloj de oro.

Fin





Luis Téllez: “Lo que se come en Bolivia - Oruro 1946”



Llegamos a Oruro una tarde muy fría, y a pesar del vientecillo helado que sopla y discurre por las asfaltadas calles de la ciudad del trabajo, pronto estamos paseando por la estrecha calle Bolívar, iluminada con brillante policromía. Muy luego encontramos a varios amigos a los que tenemos que confesar el motivo de nuestras andanzas.

Con sonrisa de suficiencia, uno de ellos se ofrece para actuar de cicerone gastronómico nuestro al día siguiente. Acepto contentísimo su ofrecimiento. Esa misma noche, largo rato después de la cena, lo vemos llegar a nuestra habitación. Como pensamos acostarnos enseñada, por el frío respetable, inquirimos con curiosidad por el objeto de su visita.

Su eterna sonrisa se acentúa al contestarnos: “¡Pero che! Ustedes quieren comer bocados verdaderamente orureños y ya están por acostarse. Por lo visto no están ni remotamente enterados de las formalidades de estilo necesarias para gustar un manjar netamente de Oruro y que es la delicia de los buenos quirquinchos desde hace muchísimos años... ¡Tenemos que salir!”

Le digo que no comprendo por qué para saborear un plato legítimamente orureño, tengamos que salir a esa hora de la noche. El amigo se mantiene impenetrable e inflexible y nos amenaza con que si no salimos, perderemos la oportunidad de saborear algo original, exquisito y comido con las formalidades establecidas por tradición entre los orureños, ya que no hay todos los días oportunidad de conseguirlo.

Con hondo suspiro de resignación abandonamos el cuarto y seguimos al amigo. No quiero cansar al lector (o quizás, por ventura, deliciosa lectora) con la relación de nuestro ambular nocturno. Sólo diré que nuestro amigo, a las apremiantes preguntas que le hicimos, al fin contestó así: “Vean ustedes, quiero que coman un verdadero manjar de Oruro, pero para ello es condición sine qua non que pasen la noche sin dormir, para apreciar mejor el sabor de algo que comerán mañana.”

Objeto que pasando la noche sin dormir, no tendré aliento para tomar nada, pero de poco sirve mi cada vez más débil resistencia. Andamos, entramos, salimos, subimos y bajamos calles, cruzando plazas y parques y el frío va entumeciéndonos el cuerpo. Mentalmente ruego a Dios que por tratarse de un caso excepcional, adelante la salida del sol para cesar de sufrir. Siempre atento y servicial Tata Dios escucha mi helada súplica y pronto vemos teñirse el horizonte de un bello tinte amarillento. Amanece. Nuestros cuerpos se mueven cansados y ateridos.

El jovial compañero nos mira, sonriente, y dice: “Ahora es cuando”. Y con la seguridad que da la costumbre, nos conduce a una casita de la calle Cochabamba. Entramos y pronto estamos sentados alrededor de una mesa. Estoy asombrado pensando lo intempestivo de la hora para comer. Desde luego, no tengo absolutamente ni pizca de apetito. Espero el acostumbrado arreglo de la

mesa: cubiertos, alcuza, mantel, pan... Pero una gorda sirvienta viene y coloca delante de cada uno de nosotros solamente un plato vacío. Regresa y pone otro plato al centro de la mesa, lleno de una masa verdusca de olor penetrante. Curioso, estiro el cuello y huelo... ¡y quedo espantado! Es la feroz, la terrible, la famosa uchu llajwa. El ají que quema los labios, que abrasa la lengua, que da más apetito... ¡Es ella!

Nuevo viaje de la gorda sirvienta. Ahora trae una botella de singani y tres vasos. Y por último, la entrada triunfal... ¡Orureños, de pie! Son los rostros asados! Una cabeza de cordero, íntegra, es depositada en el plato de cada comensal. Curioso la famosa especialidad de Oruro. La cabeza ha sido cocida al horno con cuero, lana y todo. El negruzco hocico del honrado ruminante se ha tostado y frunciendo, dejando al descubierto los amarillentos dientes en una trágica sonrisa póstuma.

Espero tener el cuchillo, pero nuestro amigo grita alegremente: “Ahora voy a explicarles las condiciones especiales en las que debe ser saboreado el dilecto plato de los quirquinchos. El que quiera comerlo, debe pasar la noche sin dormir, estar sin apetito, con el cuerpo cansado para apreciar mejor los milagrosos y tonificantes efectos de los rostros asados. La comida debe ser rociada exclusivamente con el mejor singani... y lo esencial, lo original y que es propio de este manjar, ¡no debe usarse cubiertos!” – “¡Y cómo comemos entonces!”, exclamo al unísono con mi secretario. – “Véanlo”, nos dice el inefable amigo.

Y vemos. Con una maestría que denota su costumbre, procede a descoyuntar las mandíbulas del cordero. Luego de dejar mondos y lirondos los maxilares, se sirve de uno de ellos como de ganzá y con la habi-

lidad de un experto ladrón, introduce la punta en el agujero occipital y con un brusco movimiento y un crujido siniestro, el cráneo se abre y los blancucos y humeantes sesos quedan al descubierto.

Nos encanta el sistema y procedemos. El bocado más exquisito de un rostro asado es indudablemente la lengua. ¡Qué suavidad de carne!... ¡Qué sabor!... Y luego, también descerrajamos el cráneo y entusiasmados mezclamos las entendederas del pobre corderito con un poco de uchu llajwa. El primer bocado me hace corcovear. Pero siguen el segundo, el tercero... y mientras más uchu llajwa comemos, más uchu llajwa queremos. Pronto sólo quedan en el plato un montón de huesos y tiras de cuero. Hasta los tristísimos y turbios ojos del cordero han seguido viaje hacia las profundidades de nuestro ser.

¡Y qué maravilla! Tenemos un apetito increíble. Sentimos nuestro cuerpo ágil, vigoroso, la mente despejada. Bebemos de un golpe un gran trago de singani. Nuestro deseo de comer se acentúa. El amigo conoce, sin duda, los efectos de los rostros asados porque pide al dueño de casa: “¡P’osqo api y llauch’as!”

Al momento tenemos delante, vasos llenos del agrí dulce p’osqo api de color carmesí pardusco y llauch’as con sabroso queso elástico y cebolla. Otros dos bocados exquisitos. Yo tomo dos vasos de api y cuatro llauch’as. Al fin reposamos. Nuestro amigo nos interroga con la mirada. Silenciosamente le estrecho la mano, certificando de esa manera mi complacencia y mi hartura. Permanecemos aún otro momento sentados y luego salimos a la calle. Son las ocho de la mañana y parece que me acabo de levantar. Fresco como una lechuga recién lavada, vigoroso, optimista y encantado de haber trabado conocimiento con uno de los platos más originales y sabrosos de la república.

Estoy seguro de que siempre quedarán sin respuestas estas tres preguntas: ¿Quién, que no sea de piedra, resistirá impávido la presencia de un rostro asado? - ¿Quién no siente conmovidas sus entrañas cuando husmea el excitante olorillo del hocico chamuscado del cordero? - ¿Quién no se emociona al mascar voluptuosamente la suavísima lengua o al tragar como píldoras, los duros y turbios ojos?

Luis Téllez Herrero. Escritor, periodista y caricaturista orureño, 1910-? Fue redactor de los periódicos Noticias y Última Hora de La Paz, LA PATRIA de Oruro y, de O’Momento de Corumbá (Brasil). Publicó: Lo que se come en Bolivia (1946) y Notas de viaje al Perú.

Fuente: “Lo que se come en Bolivia” 2014 (Ministerio de Culturas y Turismo)